
IX

En el coche que la conducía hacia la calle Friedland, al día siguiente de aquella noche de agonía, Teresa de Sauve no tomó ninguna de las precauciones que tomaba de ordinario, como cambiar de coche en el camino, echar sobre su rostro un velo espeso y mirar al volver las calles por el ventanillo de detrás, observando si alguna persona sospechosa la acompañaba en su paseo clandestino. Todo aquel temeroso misterio del amor prohibido la agradaba, en otras ocasiones, extraordinariamente, por Huberto. ¿Asegurar el misterio de su intriga no era asegurar su duración? ¡No se trataba de eso en la actualidad!

Tenía en su mano libre del guante una llavecita que colgaba de un brazalete—precioso recuerdo de ternura que su amante había hecho arreglar para ella.—Aquella llave, que no se separaba nunca de su muñeca, servía para abrir la puerta del piso bajo, graciosa-

mente elegido por Manuel Deroy, asilo adorado de algunos días en que realmente había vivido, oasis de felicidad al que la desgraciada iba en aquel momento como se va á un cementerio. Aquel día anunciaba tormenta, porque la atmósfera de aquella mañana de otoño estaba cargada de una especie de pesadez eléctrica, cuya influencia exasperaba los delicados nervios de aquella sensible mujer.

No dijo á su cochera, como lo hacia otras veces, que entrase con el coche en el portal, porque la casa tenía dos salidas, y la puerta cochera abierta le permitía llegar en el carruaje hasta la misma puerta de la habitación, sin ser vista del portero, cuya discreción estaba además garantida por el provecho que le reportaba la unión de los dos amantes. Todo el camino había llevado los ojos fijos en los menores detalles de las calles sucesivamente atravesadas; las conocía perfectamente, y se sabía de memoria desde las muestras de las tiendas hasta el aspecto de las casas, porque aquellas imágenes estaban asociadas á los más agradables recuerdos de su demasiado corta dicha. A todas les daba con el pensamiento el mismo adiós fúnebre que á su felicidad.

La desgraciada, presa de las alucinaciones del terror, no distinguía ya lo posible de lo real, no dudaba ya de que Huberto lo supiese todo. Leía el billete recibido la víspera, cuyas palabras la demostraban á ella, que conocía tan bien el carácter del joven, una profunda angustia. ¿De qué había de proceder aquella angustia sino de un acontecimiento relativo á su amor? ¿Y de qué acontecimiento sino de una revelación sobre el horrible desengaño, sobre la infame traición cometida por ella misma? ¡Ah, si hubiese en cualquier parte un agua lustral para lavarse la sangre, y con ella el recuerdo de todos los malos actos cometidos! Pero no; esa sangre cargada de nuestros más vergonzosos pecados continúa siempre corriendo por nuestras venas. No hay interrupción entre el latido de nuestro pulso en el momento del remordimiento y su latido en el instante de la falta. Teresa sentía posarse de nuevo en su rostro los besos del hombre con quien había engañado á Huberto, y recordaba al mismo tiempo con creciente angustia que había devuelto aquellos besos.

—¡Ah! si me pregunta, ¿cómo tener valor para mentirle? Y por otra parte, ¿qué había de adelantar con éso?...

Esta frase, á la que la conducían desde la vispera todas sus meditaciones, se la repetía en el instante en que se encontraba ante la puerta, detrás de la cual iba sin duda á producirse una de las escenas más trágicas del drama de su vida. Le costó trabajo introducir la llavecita de oro en la cerradura: ¡tanto temblaban sus dedos! ¡Aquella llave entregada para manejar tan distintos sentimientos! Sabía hasta la evidencia que al ruido producido por la llave, Huberto estaría allí, detrás de aquella puerta, esperándola.

Allí estaba, en efecto, y la recibió en sus brazos. El joven sintió sus labios fríos. La contempló, como lo hacía siempre después de haberla estrechado entre sus brazos. Hubiérase dicho que quería persuadirse de la verdad de su presencia. Aquel primer beso producía siempre en Teresa un espasmo en el corazón, y era preciso todo el temor que experimentaba de disgustar á su amante para que se separase de sus brazos. Aun en aquel momento, y á pesar de los tormentos de la pasada noche, se estremeció hasta el fondo de su sér, y como un deseo loco se apoderó de ella de embriagar á Huberto en un infinito de caricias que hiciesen olvidar á ambos, á él lo que tenía que preguntar y á ella lo que debía respon-

der. Pero aquello no fué más que un relámpago, que se [desvaneció en el momento en que escuchó la voz del joven, que la preguntaba con ansiedad:

—¿Estás mala?

Al verla tan pálida, el tierno amante se reprochaba haberla hecho ir aquella mañana, y ante aquel evidente sufrimiento, olvidaba el motivo de la cita. Por otra parte, su confianza en el desenlace de la entrevista era tal, que no había vuelto á sentir sospechas desde la vispera.

—¿Estás mala?—repitió arrastrándola á la otra pieza y haciéndola sentar en un diván.

Como Manuel Deroy había sido agregado á la Embajada de Constantinopla antes de ir á Londres, su casa estaba guarnecida de telas de Oriente, y aquel diván, forrado de terciopelo y colocado precisamente enfrente de la puerta de un pequeño jardín, era particularmente estimado de Huberto y de Teresa. Cuando habían hablado, entre aquellos cojines en que reposaban unidas sus cabezas, en esos minutos de intimidad que siguen á la embriaguez del amor, intimidad que él al menos prefería á aquella embriaguez, había amado á Teresa hasta el punto de sacrificárselo todo; pero no por eso había dejado de ser católico

en el fondo de su conciencia, y un oscuro remordimiento mezclaba secreta amargura con los encantos que le producían los besos de su amada.

Pensaba en su propia falta y en el pecado que hacía cometer á Teresa, pues en la candidez de su corazón, creía haberla seducido. Teresa se dejó caer más bien que se sentó en aquel profundo diván, y él comenzó á despojarla del velo, el sombrero y el abrigo. Ella le dejaba hacer esta operación, sonriéndole con infinita ternura. ¡Al salir de sus horas de atormentador insomnio, había para ella algo de amargo y de penetrante á la vez en el cariñoso mimo del joven! Le veía tan afectuoso, tan delicadamente íntimo, tan semejante á él mismo, que llegó á imaginarse que, sin duda, se había engañado al interpretar el sentido del billete. Entonces, contestando á la pregunta sobre su salud y á fin de salir pronto de la incertidumbre, le dijo:

—No, no estoy mala; pero el lenguaje de tu despacho era tan raro, que me puso nerviosa.

—¿Mi despacho?—replicó Huberto apretando, para calentárselas, las frías manos de su amada.—¡Ah! Pues no valía la pena... Mira, ahora ya ni siquiera me atrevo á confesarte por qué te lo dirigí.

—Confíésalo—dijo ella con insistencia angustiosa, porque el embarazo de Huberto acababa de producirla de nuevo la inquietud que tanto la había hecho sufrir.

—¡Es uno tan raro!—prosiguió el joven moviendo la cabeza.—Hay momentos en que uno duda, á pesar suyo, hasta de lo que más confianza le merece... Pero para que haga mi confesión es preciso que me perdones por adelantado.

—¡Perdonarte!—dijo ella.—¡Ángel mío! ¡Ah, te amo demasiado!... ¡Perdonarte!—repetió; y aquellas sílabas que oía pronunciar á sus propios labios resonaban en su conciencia de un modo casi intolerable. ¡Cuánto hubiera deseado, en efecto, tener que perdonar, en vez de necesitar ser perdonada!—Pero ¿qué es lo que he de perdonarte?—preguntó en voz más baja, que revelaba el principio de la turbación interior que la invadía.

—El haberme dejado alucinar un momento por una infame calumnia, que personas que odian nuestro amor me han contado sobre tu vida en Trouville... ¿Pero qué tienes?

Aquella frase, y más aún el tono de voz con que fué pronunciada, penetró en el corazón de Teresa como un puñal.

Quizás si Huberto la hubiese acogido desde

su llegada con frases de sospecha, como las que saben inventar los hombres, en las que cada palabra supone una ausencia de fe que se adelanta á las pruebas, hubiera encontrado en su orgullo de mujer la energía suficiente para afrontar la duda y para negar. Pero había en la actitud del joven, desde el principio de aquella explicación, esa especie de confianza tierna y cándida que impone la sinceridad en toda alma en que aún queda un poco de nobleza; y á pesar de sus debilidades, Teresa no había nacido para afrontar los compromisos del adulterio y menos para las complicaciones de la traición. Era de esas criaturas capaces de grandes movimientos de conciencia, de súbitos reflejos de generosidad que, cuando han descendido á cierto grado, dicen: «Basta de humillación», y prefieren perderse del todo á rebajarse aún más.

Los remordimientos de las últimas semanas la habían conducido, por otra parte, á ese estado de sensibilidad que impulsa á los actos más irracionales, con tal que esos actos acaban de una vez el sufrimiento. Además, la enervación de la noche de insomnio, aumentada por el malestar del día tempestuoso, hacían que la fuera tan imposible disimular sus emociones como lo es á un soldado lleno de

pánico disimular su miedo. En aquel momento su rostro manifestaba su turbación por efecto de lo que acababa de escuchar y por el temor de lo que su inconsciente verdugo iba á decir. Hubo un momento de silencio más que penoso para los dos. El joven, sentado en el diván al lado de su querida, la contemplaba y se estremecía al verla con los ojos bajos, la boca entreabierta y el rostro cadavérico.

Aquel exceso de turbación tenía algo de tan sorprendente significativo, que todas las sospechas rechazadas la víspera se despertaban á la vez en el pensamiento del joven. Vió de repente ante él, en el resplandor de una de esas intuiciones instantáneas que nos iluminan á veces todo el cerebro, en las horas de suprema emoción, verdaderos é inconcebibles abismos.

—¡Teresa!—gritó espantado de su propia visión y del súbito horror que le invadía.—No, eso no es cierto, eso no es posible...

—¿El qué? Hablad, yo os contestaré.

El paso del tierno «tú» de su intimidad á aquel «vos» que su vencido acento hacía tan humilde, acabó de enloquecer á Huberto.

—¡Pero no!—continuó levantándose y poniéndose á andar á través de la habitación con paso brusco, cuyo ruido despedazaba el

corazón de la pobre mujer.—Ni aun puedo formular la acusación... no puedo... — ¡Pues bien! ¡Sí! — dijo deteniéndose delante de ella.—Me han dicho que habías sido en Trouville la querida de un Conde de La Croix-Firmin, que tu conducta era el tema de conversación de aquel lugar, que algunos jóvenes te habían visto en su casa abrazándole y que él mismo se alababa de haber sido tu amante... He ahí lo que me han contado, y con tal insistencia que he sufrido un momento de arrebató al escuchar tal calumnia y he experimentado la necesidad de verte, de oírte afirmar que no era cierto. Tu negativa bastará para que no vuelva á pensar en ello jamás... Dime, amor mío, que me perdonas por haber dudado de ti; dime qué me amas, que siempre me has amado y que eso no es más que una odiosa mentira.

El joven se arrojó á sus pies al pronunciar estas palabras; la cogió las manos, los brazos y la cintura; se colgaba de ella como, en el momento de ahogarse, se hubiera agarrado al cuerpo del que se hubiese echado al agua para salvarle.

—Que os amo es verdad—le contestó ella con voz apenas inteligible.

—¿Y todo lo demás es mentira?—suplicó el enamorado.

¡Ah, por una palabra de aquella boca hubiera dado entonces la vida! Pero los labios de su amada permanecían mudos, y por las pálidas mejillas de aquella mujer corrían lentas y silenciosas lágrimas, sin un sollozo, sin un suspiro, como si fuese su alma la que lloraba así. Aquel silencio y aquellas lágrimas en tal instante, ¿no eran la más clara, la más cruel de todas las respuestas?

—¿Luego es verdad?—interrogó el joven.

Y como ella continuara callando,

—Pero contesta, contesta, contesta—añadió con espantosa violencia, que arrancó de aquella boca, por cuyos bordes continuaban corriendo lentas lágrimas, un sí tan débil que apenas llegó á oírle. ¡Y, sin embargo, debía oírle siempre!

El joven se levantó de un salto y miró en derredor suyo con extravío. En las paredes había colgadas algunas armas.

Una violenta tentación de clavar á aquella mujer una de las aceradas hojas que allí brillaban se apoderó de aquel hijo de soldado. Afortunadamente, logró dominarla. Contempló de nuevo aquel rostro, en el que corrían las mismas lágrimas. Lanzó ese ¡ah! de agonía, especie de grito de fiera herida de muerte que arranca un espectáculo de horror, y como

si hubiese tenido miedo de todo, de aquel espectáculo, de aquellas paredes, de aquella mujer, de sí mismo, huyó de la casa con la cabeza descubierta y el alma perturbada. Tuvo el suficiente valor para comprender que si tardaba cinco minutos más se hubiera convertido en un asesino.

Huyó de allí. ¿A dónde? ¿Cómo? ¿Por qué camino? Nunca llegó á saber con certeza lo que había hecho durante aquel día. Recordó al día siguiente, y no porque tuvo la prueba palpable de ello, que en cierto momento se había visto en el cristal de un escaparate con el rostro descompuesto y los cabellos en desorden, y que había tenido que entrar en una tienda para comprar un sombrero. Después había atravesado numerosas calles de París. Las casas sucedían á las casas indefinidamente. Luego se había encontrado en medio del campo. Había estallado una tormenta, y había tenido que abrigarse bajo un puente del camino de hierro.

¿Cuánto tiempo había permanecido de aquel modo? La lluvia era torrencial. Había estado apoyado contra una de las paredes del puente. De cuando en cuando pasaban los trenes, haciendo conmoverse á todo el puente. Había pasado la lluvia y había emprendido

de nuevo su marcha, metiéndose en los charcos, sin comer desde por la mañana y sin acordarse de esta necesidad. El movimiento automático de su cuerpo le era necesario para no caer en la locura, y andaba instintivamente. La monstruosa traición que acababa de vislumbrar á través del sobrecogimiento de un sorprendente espanto estaba allí ante sus ojos, la veía, sabía positivamente que era cierta y no la comprendía.

Estaba como un hombre abrumado por las crueldades del destino. Experimentaba una sensación tan insoportable que ya no era dolor, porque sobrepujaba, destruyéndolas, á todas las fuerzas de su sér. Por fin llegó la noche y se encontró en camino de su casa, conducido por la impulsión maquinal que lleva al animal herido y sangrando hacia su guarida. A las diez próximamente llamó á la puerta del hotel de la calle de Vaneau.

—¿No os ha ocurrido nada, señor?—preguntó el portero; —las señoras están muy intranquilas...

—Dilas que he vuelto—dijo el joven;—pero que sufro y deseo estar solo, absolutamente solo; ¿lo entiendes, Fermín?

El tono con que aquella frase fué pronunciada cortó toda pregunta en la boca del viejo

servidor. Siguió á Huberto como admirado del furor que acababa de sorprender en los ojos de su joven amo y del desorden de su traje. Le vió atravesar el vestibulo y entrar en el pabellón, y subió á su vez hasta el salón para transmitir por sí mismo á las señoras la orden que Huberto acababa de darle. La madre había esperado al hijo para el almuerzo. Huberto no había parecido. Aunque no solía faltar nunca sin prevenirlo, se esforzó por parecer tranquila. La tarde pasó sin tener noticias; luego llegó la hora de comer, y tampoco las hubo.

—Mamá—dijo la señora de Liauran á la señora de Castel,—debe haber ocurrido una desgracia. ¿Quién sabe dónde puede haberle llevado la desesperación?

—Le habrán entretenido los amigos—contestó la anciana señora, disimulando su propia inquietud para no aumentar la de su hija.

Cuando á las diez se abrió la puerta, la señora de Liauran, con su habitual delicadeza de oído, la oyó abrir desde el salón y dijo á su madre y al Conde Scilly, prevenido de lo que pasaba desde que habían comido:

—Es Huberto.

Cuando Fermín transmitió las frases del joven,

—Es preciso que yo le hable—exclamó la enferma.

Y se incorporó en su asiento, sin acordarse de que no podía andar.

—El Conde irá á verle y le hará venir—dijo la señora de Castel.

Al cabo de diez minutos volvió Scilly, pero solo. Había llamado á la puerta del cuarto de su ahijado y aun había intentado abrirla, pero estaba cerrada á piedra y lodo. Llamó á Huberto varias veces, hasta que el joven había suplicado que le dejase.

—¿Y ni una palabra para nosotras?—preguntó la señora de Liauran.

—Ni una palabra—contestó el General.

—¿Qué hemos adelantado entonces?—dijo la pobre madre.—¿De qué me habrá servido separarle de esa mujer si he perdido su corazón?

—Mañana—prosiguió Scilly—le veréis dirigirse á vos más cariñoso que nunca. Este primer momento no debe aterrorizaros. Ha buscado pruebas de lo que hemos dicho, y las habrá encontrado; esa es la explicación de su ausencia y de su conducta.

—¡Y no ha venido á sufrir á mi lado, á compartir conmigo su pena!—replicó la pobre madre.—¡Dios mío! ¿Será acaso que creyendo

amarle por él, no le habré amado más que por mí? ¿Queréis llamar, General, para que me conduzcan á mi cuarto?

Y cuando en la misma butaca fué trasladada á la otra pieza y recostada en su cama,

—Mamá—dijo á la señora de Castel,—separa las cortinas para que vea sus ventanas.

Luego, y como Huberto no había cerrado las maderas de su cuarto, veía pasar y reparar su sombra.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿por qué crecerán los niños? Antes no hubiese tenido una pena sin venir á llorarla á mis brazos, como yo lo hago contigo, y ahora...

—Ahora no es más razonable que su madre—dijo la anciana señora, que no había hablado casi nada en toda la tarde, y que, dando un beso en los cabellos de su hija, la hizo callar, pronunciando esta frase, en la que se revelaba su propio martirio:—Yo sufro por los dos.

X

Cuando por la mañana la señora de Liauran pidió noticias de su hijo, éste contestó que bajaría á la hora del almuerzo.

En efecto, á las doce se presentó en el comedor. La madre y el hijo no cambiaron más que una mirada, y en seguida comprendió ella la extensión del sufrimiento que el joven había experimentado sólo por la especie de estremecimiento de que fué presa al volverle á ver.

Estaba asociada, como ocasión, si no como causa, á aquel sufrimiento, y él no había de olvidarlo nunca.

Sus ojos tenían un no sé qué de tan particularmente distante, su boca un pliegue de labios tan cerrado y todo su rostro manifestaba tan claramente su firme voluntad de no admitir ninguna explicación, que ni la señora de Liauran ni la señora de Castel se atrevieron á preguntarle nada.